

La habitación de Giovanni

COLECCIÓN
ESCRITURAS

JAMES BALDWIN

La habitación de Giovanni

Traducción de Ezio Neyra



Giovanni's Room
© James Baldwin, 1956
© Copyright renewed, 2014
This edition published by arrangement
with the James Baldwin Estate
© De la traducción: Ezio Neyra, 2014
© Tres Puntos Ediciones, 2022
(Escrituras Verticales SL)
Calle Felipe IV 3, 3ª izquierda. 28014 Madrid

Derechos exclusivos para todos los
territorios de lengua castellana
bajo licencia de Tajamar Editores Ltda.

www.trespuntosediciones.es
hola@trespuntosediciones.es

Depósito Legal: M-4001-2022
ISBN: 978-84-17348-39-7

Diseño y maquetación: Pablo Barraza B.
Impreso en España / *Printed in Spain*
Primera edición: febrero de 2022

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin autorización previa del editor.

Para Lucien

«Yo soy el hombre, he sufrido,
he estado ahí».

Walt Whitman

PRIMERA PARTE

Uno

Estoy de pie frente a la ventana de esta grandiosa casa en el sur de Francia mientras la noche cae, la noche que conducirá a la más terrible mañana de mi vida. Sostengo una copa, hay una botella a mi lado. Observo mi reflejo en el cada vez más oscuro brillo del cristal de la ventana. Mi imagen es alta, quizá como una flecha, mi pelo rubio brilla. Mi cara es como cualquier cara que han visto muchas veces. Mis ancestros conquistaron un continente, avanzaron por llanuras cargadas de muertos hasta que llegaron a un océano que le daba la espalda a Europa, a un pasado más oscuro.

Podría estar borracho por la mañana, pero eso no ayudaría en absoluto. Debo tomar el tren a París de todas maneras. El tren será el mismo, la gente, luchando por su comodidad e incluso por su dignidad en los asientos de madera y respaldo recto de tercera clase, será la misma, y yo también seré el mismo. Nos dirigiremos al norte atravesando el mismo paisaje cambiante y dejaremos atrás los olivos y el mar y toda la gloria del tempestuoso cielo

del sur, para adentrarnos en la niebla y en la lluvia de París. Alguien se ofrecerá a compartir un sándwich conmigo, alguien me ofrecerá un sorbo de su vino, alguien más me pedirá fuego. Habrá gente rondando los corredores, mirando por las ventanas, mirándonos a nosotros. En cada estación, reclutas con holgados uniformes y coloridos gorros abrirán las puertas de los compartimentos para preguntar *Complet?* Todos asentiremos, como si estuviésemos conspirando, e intercambiaremos sonrisas timoratas mientras los soldados continúan su recorrido por el tren. Dos o tres de ellos terminarán de pie al otro lado de nuestra puerta, gritándose unos a otros con sus gruesas y obscenas voces, fumando esos espantosos cigarrillos que les dan en el ejército. Habrá una chica sentada frente a mí que se preguntará por qué no coqueteo con ella y que se pondrá nerviosa con la presencia de los reclutas. Todo será lo mismo, solamente yo me sentiré más calmado.

Esta noche el paisaje está detenido, el campo se refleja a través de mi figura en el cristal. La casa está ubicada justo afuera de un hotel de verano, que todavía está vacío pues la temporada no ha comenzado. Está emplazada en una pequeña colina y uno puede ver abajo las luces del pueblo y escuchar el ruido del mar. Mi chica, Hella, y yo se la alquilamos a unos fotógrafos hace algunos meses en París. Ahora ella se ha marchado hace una semana. Está en altamar, de regreso a América.

Me la puedo imaginar, tan elegante, tensa y deslumbrante, rodeada por la luz que llena el salón del transatlántico, bebiendo más bien demasiado rápido, y

riendo, y mirando a los hombres. La conocí de esa manera, en un bar de Saint-Germain-des-Prés. Estaba bebiendo y observando, y por eso fue que me gustó, porque pensé que sería divertido pasar un rato con ella. Así fue como comenzó, eso es todo lo que entonces significaba para mí. Ahora mismo no estoy seguro, a pesar de todo, si alguna vez significó algo más que eso. De hecho, tampoco sé si para ella yo fui algo más que eso en algún momento, al menos no hasta que hizo ese viaje a España y, al encontrarse sola allí, comenzó a preguntarse si a lo mejor no era exactamente eso lo que quería: una vida entera dedicada a la bebida y a mirar hombres. Pero para ese momento ya era demasiado tarde. Yo ya estaba con Giovanni. Le había pedido matrimonio antes de que se fuera a España, y ella se rio, y yo también, y eso, de alguna manera, hizo que todo se volviera más serio para mí, y entonces persistí, y fue cuando me dijo que necesitaba irse de viaje para pensarlo. La última noche que estuvo aquí, la última noche que la vi, mientras hacía sus maletas le dije, convencido, que alguna vez la había amado. Pero me pregunto si de verdad era cierto. Sin duda estaba pensando en nuestras noches en la cama, en la particular inocencia y confianza que nunca volverían y que hicieron que esas noches fueran tan encantadoras, con tan poca relación con el pasado, con el presente y con todo lo que vendría, con tan poca relación, por último, con mi vida, ya que no era necesario para mí tomar sino la más mecánica de las responsabilidades por aquellas noches. Y esas noches ocurrieron bajo un cielo extranjero, sin nadie que nos observara, sin castigos

aplicables, y fue este último hecho lo que se convirtió en nuestra perdición, ya que no hay nada más insoportable, cuando uno la tiene, que la libertad. Supongo que fue por esta razón que le pedí matrimonio: para tener algo que usar como ancla. Quizá por esta razón es por la que en España decidió que quería casarse conmigo. Pero, por desgracia, la gente no puede inventarse sus muelles ni sus amantes ni sus amigos, de la misma manera en que uno no inventa a sus padres. La vida nos da estas cosas y también nos las quita y la gran dificultad consiste en decir sí a la vida.

Cuando le dije a Hella que la había amado, estaba pensando en aquellos días previos a que nada horrible ni irrevocable me hubiera sucedido, aquellos tiempos en que un *affaire* no era más que un *affaire*. Ahora, desde esta noche, desde esta mañana por venir, sin importar en cuántas camas me encuentre entre hoy y mi última morada, nunca seré capaz de tener esos *affaires* infantiles y entusiastas, que en realidad son, cuando uno lo piensa mejor, una forma más elevada o, en todo caso, más pretenciosa de la masturbación. Las personas son muy diferentes entre sí para ser tratadas tan a la ligera. Si esto no fuera cierto, no me encontraría esta noche solo en esta casa. Hella no estaría en altamar. Y Giovanni tampoco estaría a punto de perecer, en cualquier momento entre esta noche y mañana, en la guillotina.

Me arrepiento ahora —con lo bien que viene hacerlo— de una mentira en particular entre tantas que he dicho... que he dicho, que he vivido y que me he creído. Si bien

nunca logré que me creyera, se trata de la mentira que le dije a Giovanni de que nunca antes me había acostado con un hombre. Sí que lo había hecho. Era solo que había decidido no volverlo a hacer. Hay algo fantástico en el espectáculo que ahora me presento a mí mismo de haber corrido tan lejos, tan firmemente, incluso a través del océano, para luego encontrarme enfrentado una vez más ante el bulldog de mi propio patio, solo que con el tiempo el patio se ha empequeñecido y el bulldog se ha hecho mucho más grande.

No he pensado por muchos años en ese chico, Joey, pero esta noche lo puedo visualizar con claridad. Fue hace mucho tiempo, todavía era un adolescente y él tenía mi edad, un año más o uno menos. También era alguien muy simpático, muy despierto y misterioso, que se reía todo el tiempo. En una época fue mi mejor amigo. Luego, la idea de que justamente esa persona *podría* haber sido mi mejor amigo fue la prueba de que llevaba una horrorosa impureza en mi interior. Así que decidí olvidarlo. Pero esta noche soy capaz de verlo muy bien.

Era verano, y no había escuela. Los padres de Joey se habían ido a algún lado por el fin de semana y lo pasábamos juntos en su casa cerca de Coney Island, en Brooklyn. En esos años, también nosotros vivíamos en Brooklyn pero en un barrio mejor que el de Joey. Creo que habíamos estado tirados en la playa, nadando un poco. Veíamos pasar a las chicas casi desnudas, y les silbábamos y reíamos. Si alguna de las chicas a las que silbamos hubiera mostrado interés, estoy seguro de que el océano no habría sido lo

suficientemente profundo como para ahogar nuestro terror y vergüenza. Pero por supuesto, quizá por la forma en que silbamos, las chicas sospecharon algo y decidieron ignorarnos. Cuando el sol comenzaba a ponerse, caminamos a su casa por el paseo, con nuestros trajes de baño mojados debajo de nuestros pantalones.

Creo que todo comenzó en la ducha. Sé que sentí algo —mientras revoloteábamos y nos dábamos golpes con las toallas mojadas en ese espacio pequeño y húmedo— que no había sentido antes y que misteriosamente, e incluso sin saber adónde llegaría, lo incluía a él. Recuerdo que culpé al calor y me opuse tajantemente a ponerme la ropa. Pero, de alguna manera, nos vestimos y comimos cosas frías de su nevera y tomamos un montón de cervezas. Seguramente fuimos al cine. No puedo pensar en otra razón por la que salimos y recuerdo que caminamos por las tropicales y oscuras calles de Brooklyn, con mi brazo sobre el hombro de Joey, con el calor saliendo del pavimento y reventando en las paredes de las casas con la fuerza suficiente para matar a un hombre. Parecía que todos los desarreglados y estridentes adultos estaban sentados en las escaleras y que todos los niños del mundo permanecían en las aceras o en las alcantarillas o colgando de las escaleras de incendio. Creo que me sentía orgulloso de que su cabeza cayera justo debajo de mi oreja. Caminábamos juntos y Joey decía sandeces y no podíamos dejar de reír. Me resulta raro recordar, por primera vez en tanto tiempo, lo bien que me sentía con Joey, el gran cariño que sentía por él.

Cuando caminamos de regreso, las calles, al igual que nosotros, estaban tranquilas. Estuvimos muy calmados en

el piso y somnolientemente nos quitamos la ropa en su cuarto y nos acostamos. Creo que me quedé dormido un buen rato. Pero cuando desperté, encontré la luz encendida y a Joey examinando la almohada con extremo cuidado.

—¿Cuál es el problema?

—Creo que me picó una chinche.

—Qué asco. ¿Tienes chinches?

—Creo que me picó una.

—¿Alguna vez te picó una?

—No.

—Entonces vuelve a dormir. Estás soñando.

Me miró con la boca abierta y con sus enormes ojos oscuros. Parecía como si se hubiese acabado de dar cuenta de que era un experto en chinches. Me reí y le agarré la cabeza de la misma manera que lo había hecho antes sabe Dios cuántas veces cada vez que jugábamos o me molestaba. Pero cuando lo toqué esta vez algo pasó conmigo y con él que nos hizo pensar que nunca antes nadie nos había tocado de esa manera. Y, a diferencia de lo habitual, no puso ninguna resistencia y colocó su cabeza justo donde yo la había puesto, en mi pecho. Me di cuenta de que mi corazón latía con gran fuerza y de que Joey temblaba contra mí y de que la luz de la habitación estaba muy brillante y caliente. Comencé a moverme y a hacer alguna clase de broma pero Joey murmuró algo y tuve que bajar la cabeza para escuchar lo que decía. Mientras la acercaba, él subió la suya y terminamos besándonos por accidente. En ese momento, por primera vez en mi vida, tuve plena conciencia del cuerpo y del olor de otra persona.

Teníamos nuestros brazos alrededor del otro. Era como si hubiese estado sosteniendo en mi mano algún pájaro raro, exhausto, casi condenado, que encontré por milagro. Tenía mucho miedo. Estoy seguro de que él también estaba asustado y ambos cerramos nuestros ojos. Que esta noche recuerde todo tan clara y dolorosamente me hace pensar que en realidad nunca, ni siquiera por un instante, olvidé nada. Siento en mi interior una ligera y terrible agitación de lo que tan decididamente me excitó en ese momento. Un gran calor y sed, palpitaciones, y una ternura tan penetrante que pensé que el corazón me iba a explotar. Después de ese penetrante y sorprendente dolor vino el placer que esa noche nos dimos el uno al otro. En ese momento me parecía que una vida entera no sería suficiente para que Joey y yo tuviéramos sexo.

Pero esa vida sería muy corta, estaba circunscrita a esa noche. Llegó a su fin por la mañana. Me desperté cuando Joey todavía dormía, de costado y acurrucado hacia mi lado como si fuera un bebé. Ciertamente, parecía un bebé con su boca medio abierta, las mejillas enrojecidas, su ensortijado pelo oscureciendo la almohada, ocultando parcialmente su redonda frente humedecida y con las pestañas centelleando bajo el sol del verano. Estábamos desnudos y las sábanas que habíamos usado permanecían enredadas en nuestros pies. Su cuerpo estaba parduco, sudado, era la creación más bella que nunca antes había visto. Lo hubiese tocado para despertarlo pero algo me detuvo. De pronto sentí miedo. Quizá por el hecho de que era mucho más pequeño que yo, mi propio cuerpo

me pareció horroroso y aplastante, y monstruoso el deseo que había comenzado a crecer en mi interior. Pero, sobre todo, tenía miedo. En mi interior comenzó a crecer la idea de que Joey era solo un niño y, de repente, pude notar la fuerza en sus muslos, en sus brazos y en sus puños ligeramente contorneados. Lo que de pronto me hizo sentir miedo fue la fuerza y la promesa y el misterio de ese cuerpo. De repente su cuerpo me pareció la oscura entrada a una caverna en la que sería torturado hasta enloquecer, en donde perdería mi virilidad. Pero precisamente lo que quería era conocer ese misterio, sentir su fuerza y ver esa promesa realizada a través de mí. El sudor en mi espalda se volvió frío. Sentí vergüenza. En su apacible desorden, esa misma cama testificaba la vileza que habíamos cometido. Me preguntaba qué diría la madre de Joey cuando viera las sábanas. Luego pensé en mi padre, quien, tras la muerte de mi madre cuando yo era apenas un crío, al único que tenía en el mundo era a mí. Una caverna negra se abrió en mi mente, una caverna llena de ruidos y de sospechas, de historias entendidas a medias, mitad escuchadas y medio olvidadas, llena de insultos. Pensé ver mi futuro dentro de esa caverna. Tenía miedo. Pude haber llorado, llorado a causa de la vergüenza y el terror, llorado por no entender cómo pudo pasarme esto a mí, cómo pudo suceder esto *en* mí. Y entonces tomé una decisión. Me levanté de la cama, me duché, me vestí y tuve el desayuno listo cuando Joey despertó.

Si le decía lo que había decidido mi voluntad se hubiera resquebrajado. Ni siquiera esperé a desayunar

con él; solo bebí un poco de café y me inventé una excusa para irme a casa. Me di cuenta de que la evasiva no lo había convencido, pero no supo cómo protestar ni insistir. No se dio cuenta de que eso era lo único que hubiera necesitado hacer. Después de eso, aunque hasta entonces lo había visto prácticamente todos los días de ese verano, nunca más volví a buscarlo. Él tampoco me buscó. Habría estado muy feliz de recibirlo si hubiera venido, pero la forma en que me marché había generado una tensión que ninguno de los dos supo contrarrestar. Cuando hacia el final del verano finalmente me lo encontré por accidente, me inventé una historia larga y totalmente falsa sobre una chica con la que estaba saliendo y, cuando la escuela comenzó de nuevo, me volví a encontrar con mi grupo de amigos, todos mayores y más bravucones, y me comporté con Joey como un patán. Cuando más lo entristecía, más canalla me volvía yo. Finalmente se fue lejos, se fue del barrio, de nuestra escuela y nunca más lo volví a ver.

Quizá fue en ese verano cuando comencé a sentirme solo, y también en ese verano, cuando comenzó el viaje que me ha traído hasta esta ventana oscurecida.

Y a pesar de todo, cuando uno comienza a buscar los momentos cruciales y definitivos, el momento que lo cambió todo, uno se encuentra recorriendo, con un dolor enorme, un laberinto lleno de señales falsas y de puertas cerradas abruptamente. Bien pudo mi viaje haber comenzado ese verano, lo cual no me explica dónde encontrar el germen del dilema que se resolvió por sí mismo ese verano en la decisión de comenzar mi viaje. Por

supuesto ese origen se encuentra en algún lugar delante de mí, encerrado en el reflejo que puedo observar en la ventana mientras la noche cae. Está atrapado en la habitación junto a mí, siempre lo ha estado y siempre lo estará y, sin embargo, me resulta incluso más extraño que esas desconocidas montañas que veo ahí afuera.

Como ya dije, en esa época vivíamos en Brooklyn. También habíamos vivido en San Francisco, donde nació y donde está enterrada mi madre, y por un tiempo vivimos en Seattle, y luego en Nueva York (para mí, Nueva York es Manhattan). Un tiempo después nos mudamos de Brooklyn nuevamente a Nueva York y para cuando vine a Francia mi padre y su nueva esposa se habían instalado en Connecticut. En esa época, por supuesto, ya me valía por mí mismo y vivía en un piso en la Sesenta Este.

Cuando todavía era un niño, éramos mi padre, su hermana soltera y yo. A mi madre la enterraron cuando yo tenía cinco años. Prácticamente no tengo ningún recuerdo de ella, y a pesar de eso se aparecía en una pesadilla, enceguecida por los gusanos, con el pelo tan seco como el metal y tan frágil como pequeñas ramas, estirándose para apretarme contra su cuerpo. Ese cuerpo tan putrefacto, tan enfermizamente blando, que abría, mientras yo me desgarraba y lloraba, una grieta tan grande que era capaz de tragarme vivo. Pero cuando mi padre y mi tía vinieron apresurados a mi habitación para averiguar lo que me había asustado, no me atreví a describirles el sueño, lo cual me pareció desleal con mi madre. Les dije que había soñado con una tumba. Concluyeron que la muerte de

mi madre había tenido este perturbador efecto en mi imaginación y probablemente pensaron que estaba abatido por su partida. A lo mejor lo estaba, pero si eso era cierto, entonces todavía lo estoy.

Mi padre y mi tía se llevaban muy mal y, sin saber bien cómo o por qué, estaba seguro de que la larga batalla en la que estaban inmersos se debía por completo a mi madre muerta. Recuerdo que cuando era muy joven, en la enorme sala de nuestra casa en San Francisco, una fotografía de mi madre, ubicada en la repisa sobre la chimenea, parecía gobernar la habitación. Era como si esa fotografía fuera la prueba de que su espíritu dominaba el ambiente y nos controlaba a todos. Recuerdo la manera en que las sombras se agrupaban en las alejadas esquinas de esa habitación en la que nunca me sentí en casa y a mi padre siendo bañado por la dorada luz que se derramaba por la alta lámpara ubicada junto a su sillón. Estaría leyendo su periódico, escondiéndose de mí tras el diario, y algunas veces, de manera desesperada para conquistar su atención, me ponía tan pesado que terminaban llevándome a mi habitación en medio de lágrimas. O lo recuerdo sentado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, observando a través de la gran ventana que contenía la oscura noche. Solía preguntarme en qué estaría pensando. En mi memoria, siempre lleva un chaleco gris, se ha soltado la corbata y su pelo rubio le cae sobre su cara angular y rojiza. Era uno de esos tipos de risa fácil y que rara vez se molestaba. De manera que cuando su amargura llegaba, esta era tan impresionante que parecía surgir de una insospechada

grieta con la misma fuerza de un incendio capaz de tirar abajo una casa entera.

Su hermana, Ellen, quien era un poco mayor que él y tenía la piel más oscura, siempre estaba arreglada y vestida con más elegancia de la necesaria, con un rostro y una figura que comenzaban a endurecerse, y con demasiadas joyas por todos lados, que, antes de sentarse en el sofá a leer, causaban sonidos y se golpeaban bajo la luz. Leía mucho, leía cada nuevo libro que se publicaba, y solía ir al cine todo el tiempo. O se dedicaba a tejer. Me parece que siempre llevaba una gran bolsa llena de agujas de tejer con apariencia peligrosa, o un libro, o ambas cosas. Y no sé lo que tejía, aunque supongo que debe de haber tejido cosas para mi padre o para mí. Pero no lo recuerdo, como tampoco me acuerdo de los libros que leía. A lo mejor siempre leía el mismo libro y tejía la misma bufanda o el mismo jersey, o Dios sabe qué, durante todos los años que la conocí. Algunas veces, ella y mi padre jugaban a las cartas, aunque esto era infrecuente. Otras veces charlaban de manera amigable y provocadora, pero esto anunciaba algo peligroso. Su chacoteo casi siempre terminaba en una pelea. Algunas veces había visitas y con frecuencia se me permitía verlos beber sus cócteles. En esa época mi padre estaba en su mejor forma, tenía un aspecto juvenil y efusivo, y se movía a través de la sala llena de gente, rellenándoles las bebidas, riendo mucho, palmoteando a todos los hombres como si fueran sus hermanos y coqueteando con las mujeres. O no, no coqueteaba con ellas, se pavoneaba ante ellas. Siempre parecía que Ellen

lo observaba como si hubiese tenido miedo de que hiciera algo terrible, lo observaba y observaba a las mujeres y sí, sí coqueteaba con ellas de manera extraña y exasperante. Allí estaba ella, vestida, como se dice, para matar, con la boca más roja que cualquier sangre, o muy apretada, o demasiado joven, con la copa del cóctel en constante amenaza de ser reducida en cualquier instante a cristales rotos, y esa voz que habla sin parar como una hoja de afeitar sobre el cristal. Cuando era niño, sentía miedo cada vez que la veía acompañada.

Sin importar lo que ocurriese en esa habitación, mi madre lo veía todo. Una mujer pálida y rubia, delicada, de ojos oscuros, de frente plana, con una boca nerviosa y dulce, observaba a través del marco de la fotografía. Pero había algo en la manera en que sus ojos estaban colocados en su cabeza y miraban de frente, algo ligeramente sardónico y deliberado en el conjunto de su boca, que hacía creer que debajo de dicha tensa fragilidad se encontraba una fortaleza tan distinta como inflexible, una fortaleza que también era peligrosa porque, al igual que la ira de mi padre, era completamente inesperada. Rara vez mi padre hablaba de ella y cuando lo hacía se cubría la cara de las maneras más misteriosas posibles. Solo se refería a ella como mi madre y, de hecho, mientras hablaba de ella, podía tranquilamente haber estado hablando de su propia madre. Ellen hablaba de ella con frecuencia, diciendo la extraordinaria mujer que había sido, pero sus palabras me incomodaban. Sentía que yo no tenía ningún derecho de ser el hijo de aquella madre.

Años después, cuando ya era un hombre, traté muchas veces de que mi padre me hablara de ella. Pero para entonces Ellen ya estaba muerta y mi padre estaba a punto de casarse de nuevo. Hablaba de mi madre de la misma manera en que Ellen solía hacerlo y, de hecho, bien podría haber estado hablando de Ellen.

Una noche, cuando yo tenía unos trece años, tuvieron una pelea. Por supuesto que tuvieron muchas peleas pero si recuerdo esta es quizá porque parecía haber sido sobre mí.

Estaba dormido en mi habitación en el segundo piso. Las pisadas de mi padre en el pasillo bajo mi ventana me despertaron repentinamente. Debido al sonido y al ritmo de sus pasos, pude darme cuenta de que estaba un poco borracho y recuerdo que en ese momento se apoderó de mí una cierta decepción y pena que no había sentido antes. Lo había visto borracho pero nunca me había sentido así —mi padre solía ser muy carismático cuando había bebido—, pero esa noche de pronto sentí que había algo más, algo en su interior, que no se podía pasar por alto.

Lo escuché entrar a casa. Luego, al mismo tiempo, escuché la voz de Ellen.

—¿Todavía no estás durmiendo? —preguntó mi padre. Estaba tratando de ser amable y de evitar una escena, pero su voz carecía de cordialidad y estaba llena de tensión y exasperación.

—Pensaba —dijo Ellen con frialdad— que alguien debía decirte lo que le estás haciendo a tu hijo.

—¿Qué le estoy haciendo a mi hijo? —estaba a punto de decir algo más, algo horrible, pero se contuvo y solo

dijo, con una voz resignada, aguardentosa y desalentada—: ¿De qué estás hablando, Ellen?

—¿De verdad piensas que eres el tipo de hombre en el que debe convertirse cuando sea grande? —preguntó. (Estaba seguro de que estaba de pie en el centro de la habitación, con las manos dobladas delante de ella, de pie de forma muy recta y quieta). Y, ante el silencio de mi padre, continuó—: Ya sabes que está *creciendo* —después, agregó con malicia—: Que es mucho más de lo que puede decirse de ti.

—Vete a dormir, Ellen —respondió mi padre con voz agotada.

Ya que estaban hablando de mí, tuve la sensación de que debía bajar y decirle a Ellen que lo que fuera que estuviera mal entre mi padre y yo podíamos arreglarlo nosotros mismos y que no necesitábamos su ayuda. Y quizá, aunque parezca raro, sentí que me estaba faltando el respeto, ya que nunca le había dicho ni una palabra sobre mi padre.

Escuché sus fuertes e irregulares pasos mientras atravesaba la sala en dirección a la escalera.

—Ni pienses —continuó Ellen— que no sé dónde has estado.

—He estado bebiendo —dijo mi padre— y ahora, si no te molesta, me gustaría dormir un poco.

—Has estado con esa chica, Beatriz —le contestó Ellen—. Ahí es donde siempre estás y donde se va todo tu dinero y también tu hombría y el respeto por ti mismo.

Logró ponerlo de mal humor. Él comenzó a tartamudear.